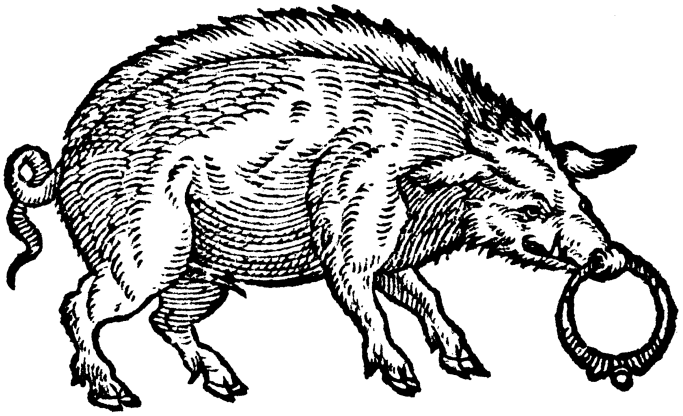
# *Un día en la vida de Silvestre Panador*

CAPÍTULO 8

## La misa

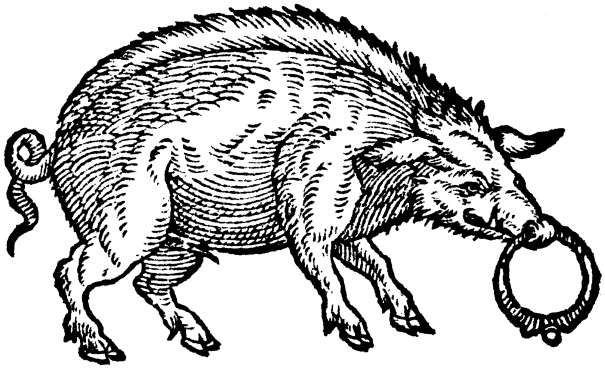


Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

# Capítulo 8

# La misa



Entra Basilia en su coche de un ágil salto, y comprueba Silvestrín que su faldita plisada – ya cortísima en su diseño original, sin duda para mejor facilitar los ágiles movimientos característicos del tenis–, retrocede hasta mucho más arriba de la mitad superior de los soberbios y morenos muslos de ella. Con una mezcla de terror paralizante y curiosidad insaciable analiza mentalmente Silvestrín si esa visión fugaz, que durante el revoloteo de la falda ha tenido de la parte interna, y dorada, de los muslos de Basilia terminando en una blanca superficie cuando ella ha entrado de un salto en el coche, eran o no sus braguitas. Pero su alma desprovista de malicia quiere llegar a la conclusión de que no ha sido posible una visión tan íntima de su amada.

Deposita ella la cesta de mimbre que porta justo encima de las piernas de Silvestrín –que la recibe con la mirada puesta en otra parte–, cierra la puerta de golpe, gira la llave de contacto, se enciende

el motor, libera el embrague, mete primera y aprieta con decisión el acelerador. El pequeño coche describe un círculo en la plaza trotando sobre los cantos rodados y se dirige, traqueteando entre las fachadas de la calle mayor, a la salida del pueblo hasta llegar a la carretera principal. Gira ella sin hacer un *stop* en el cruce con la carretera que conduce a la capital, tan segura está Basilia de que no viene ningún otro coche. A la velocidad prodigiosa de casi setenta kilómetros por hora –con el coche temblando como un azogado por el esfuerzo que se le exige–, calcula Silvestrín que en media hora escasa estarán en Comillas. Sus ojos van de la mirada a hurtadillas de los bien torneados muslos de Basilia, como las columnas del Partenón, la carne firme bajo la piel y a la visión de la carretera, que se aleja de ellos a una velocidad a la que Silvestrín pensaba que no se podría sobrevivir, dada la cantidad y calidad de los baches que tiene, aunque Basilia consigue sortear con gran habilidad los más profundos.

– ¡Pero come! –le ordena Basilia levantando un poco la voz, mandato imperativo que a él le parece el colmo de la dicha–, que estarás muerto de hambre. – ¡Qué mayor placer que ser alimentado por su amanda cuando estaba a punto de desfallecer de hambre y a la vez que es avivada la llama de su amor por el tierno abrazo en que el destino les ha unido ha poco tiempo!, piensa Silvestrín.

Con las ventanillas del automóvil cerradas para ganar en penetración aerodinámica del aire, un suave olor a fresca transpiración femenina se va imponiendo en el interior del vehículo. Recien llegada después de su partido de tenis, no ha tenido tiempo Basilia de ducharse, por lo que el suave olor corporal producto del esfuerzo físico todavía la acompaña. Para Silvestrín, ésta es una fragancia embriagadora, que paladea con delectación en amplias inspiraciones nasales, y que delicadamente mixturado con el fresco y peculiar olor a lilas de Basilia le transporta a mundos de ensueño, sin poder evitar imaginar a su amada triscando desnuda cual inocente cervatillo entre primaverales prados llenos de flores. Sobresaltado por semejantes pensamientos, la observa él de soslayo, y el perfecto perfil de ella, con la recta nariz y la suave barbilla, le sobrecoge y Silvestrín se obliga a sí mismo a respetar, incluso mentalmente, tanta inocencia. Concentrada Basilia en sortear los baches de la carretera, se gira y le sonríe dulcemente, desarmando a un Silvestrín que ya ha entregado su corazón.

La cesta de provisiones contiene dos suculentos bocadillos de lonchas de jamón serrano cubiertas de finas rodajas de tomate con un

poco de aceite de oliva, todo ello en tierno pan de gallofa, envueltos primorosamente en una servilleta de cuadros rojos y blancos. Coge uno de los 'bocatas' –denominación jocosa que utilizan sus primas de Cáceres para referirse a los bocadillos que llevan a la playa–, del que Silvestrín da buena cuenta con pequeños mordiscos y sin mostrar ansiedad –tal y como un caballero degusta la comida ofrecida por su amada–, y deja el otro bocadillo para mejor ocasión. Una botellita de vino le permite lubricar el paso seco de los bocados por la garganta, y aunque él no está acostumbrado a comer con vino, siente que ese néctar riojano –la etiqueta en tonos rojos identifica el dulce caldo como procedente de El Ciego, afamada región vasca perteneciente a la rioja alavesa, muy apreciada por don Críspulo por la laboriosidad de sus habitantes– le eleva el espíritu del mismo modo que la visión de Basilia a su lado le conforta en su cruzada personal por recuperar los desaparecidos termómetros y le levanta su ánimo como su Dulcinea particular. Cuando ha terminado el bocadillo y lo ha regado con varios generosos tragos de vino, descubre con contento una jugosa y roja manzana en el fondo de la cesta. La oportuna pieza vegetal le permite cumplir con el precepto materno de terminar las comidas con algo de fruta, proceder éste que seguido diariamente asegura una solidez muy conveniente en los productos de evacuación, al decir de su progenitora, siempre celosa vigilante del buen aspecto de sus deposiciones. Deja la botella, que ha quedado medio llena, en la cesta, bien cerrada con su tapón . Aunque él suele comer las manzanas pelándolas con su navajita de Albacete, regalo de su tío, ésta se encuentra ahora en las profundidades de un bolsillo del pantalón y no es momento ni el lugar para andar rebuscándola bajo la incómoda sotana. Da pues Silvestrín un decidido mordisco a la manzana, la degusta con satisfacción y mastica veinte veces cada trozo, otro consejo materno para garantizar una buena digestión.

Mientras Silvestrín repone satisfecho los nutrientes que su joven cuerpo en desarrollo demandaba ha poco con fieros rugidos, el seiscientos va lanzado a tal velocidad que pronto descubren el milquinientos del cura Cinazo, moviéndose delante de ellos a velocidad mucho más prudente. Basilia no hace más que apretar el acelerador mientras intenta no caer en alguno de los muchos baches grandes de la carretera. Los botes que va dando el pequeño automóvil no auguran nada bueno a su carrocería y algún taller de amortiguadores lo va a agradecer.

– No hace falta que le sigamos tan de cerca –acierta a decir Sil-

vestrín, más preocupado por la integridad física de su amada que por la suya propia–. Al fin y al cabo, ya sabemos que se dirige a Comillas –añade con un mohín de disculpa.

No bien acaba de decirlo cuando él mismo se da cuenta de que en realidad no sabe a qué parte de Comillas se dirige el cura, por lo que su propio comentario le parece ahora una estupidez. No contento con su propio sufrimiento, Basilia le lanza una mirada de conmiseración.

– No pienso perderle de vista –dice ella volviendo la vista a la carretera, por llamar de alguna manera a aquella pista de socavones–. No puedes ni imaginarte lo taimado que puede llegar a ser el clero católico –añade Basilia con un tono de displicencia en su voz–. Y algo me dice que este pájaro se va a posar en otra rama antes de llegar a Comillas –comenta poéticamente ella.

Sin tiempo para asimilar la pobre opinión de Basilia sobre los elementos religiosos que festonean la sufrida geografía nacional, y sin compartir por completo su áspero comentario –aunque en lo que lleva de día ha tenido ocasión de ver una cara oculta del clero que no conocía y que no le ha gustado mucho–, observa Silvestrín con los ojos como platos cómo el coche del cura toma una desviación a la altura de Caborredondo, dejando a un lado la flamante carretera que lleva a Comillas. Basilia, que ante la sorpresa de Silvestrín parece tener dotes premonitorias, sin dudarlo un instante –pero no sin antes echarle a él la típica mirada de '¿no te lo decía yo?'–, reduce la marcha y toma la misma desviación que ha cogido el cura, ambos con estrépito de frenos torturados. La desviación a Novales, pues no otra ha cogido Cinazo, es poco más que una pista forestal. La carretera, apenas asfaltada, se interna con rapidez entre dos altos montes cubiertos de oscuros y espesos bosques de robles. Es como si de repente se encontraran perdidos en medio del profundo y enigmático mundo místico de la región, poblado de duendes y hadas campestres. Hasta la propia luz del sol ha disminuido y las sombras que proyectan los árboles son densas y amenazadoras.

Por su parte, el cura parece tanto tener mucha prisa como conocer muy bien el camino, pues se lanza a un prodigioso descenso hacia el feraz valle que al fondo se adivina, salpicado de dispersos caseríos y verdes prados, una estampa de bucólica paz y gracia pastoril, alma profunda de la región y símbolo de la laboriosidad de sus gentes. Ninguno de las imágenes del desarrollo industrial que afean otras partes de la región han conseguido enraizar aquí, para alegría y contento de los muchos campesinos y ganaderos que en este idílico rincón

de la geografía patria se ganan la vida honradamente entregados a las tareas agrícolas tradicionales, en dulce paz e íntima comunión con la naturaleza. El contraste entre los verdes y olorosos campos y el moderno y aséptico polígono industrial que ha poco ha abandonado impresiona a Silvestrín, que recuerda ahora que ha oído hablar de unos individuos que propugnan en el extranjero la vuelta a estas prácticas agrícolas imbricadas en la madre tierra. Pero deben ser personas poco dadas al progreso –descalificados como comunistas primigenios por don Críspulo–, ecologístas le parece recordar que les llaman, por lo que Silvestrín no les augura mucho futuro, habida cuenta del ansia de progreso industrial que tiene la humanidad.

La carretera sigue serpenteando en cerradas curvas mientras desciende hacia el disperso caserío. Atraviesan un estrecho puente de piedra, cubierto de hiedra, que salva un pequeño riachuelo, y el coche del cura se interna por una calle de inverosímil estrechez, seguido por Basilia, y se pierde en un dédalo de callejuelas. Basilia le sigue como puede, pues es obvio que el sacerdote conoce bien el camino en medio de este laberinto de casas, setos y altos muros. Algunos lugareños saludan el paso del coche del cura con el gesto de levantar el puño de la mano derecha y haciendo descender los dedos corazón y anular a la vez que se los sujetan con el pulgar, mantener levantados y bien tiesos el índice y el meñique, dedos éstos que dirigen ostensivamente hacia su automóvil. Puesto que Silvestrín ha reconocido este gesto por haberlo visto en algunas películas italianas, intuye que debe tratarse de una variante local del acogedor saludo campesino de bienvenida al caminante. El gesto manual de los campesinos se repite con varios de ellos, pero el cura no se para a corresponder a estas espontáneas manifestaciones de acogida de los lugareños.

Y de repente, sin saber muy bien de dónde ha salido, un brillante y enorme automóvil Mercedes Benz, pintado de ostentoso y conspicuo color rojo rubí, se precipita hacia el seiscientos con grave peligro de choque. Frena hábil Basilia para evitar la embestida lateral, y a pesar de estar sobrecogido por el susto, tiene tiempo Silvestrín de ver la morenísima faz, el pobladísimo bigote negro y la reluciente calva morena por el sol de un gitano gigantesco que, a los mandos de la imponente máquina, se ha lanzado sin pensarlo dos veces en persecución del coche del cura, como si hubiera estado al acecho de su presa.

Algunas imprecaciones de recio sabor castellano afloran a los dulces labios de Basilia, pero el conductor del Mercedes acelera impasible

y adelantando por la izquierda al coche del cura le cierra el camino con tal ímpetu que el Mercedes choca contra la esquina de una casa solariega hundida y abandonada, impidiendo el paso del coche del cura. Viendo desde lejos lo que ha sucedido, Basilia gira a la derecha, estaciona el seiscientos sin hacerse notar y lo oculta de las miradas del gitano tras una casa próxima.

Cuando las tejas de la hundida techumbre de la casa solariega dejan de caer sobre el Mercedes y el estruendo del golpe y los chirridos de frenos se apagan, en un ejercicio de imprudencia, el cura desciende, comprensiblemente nervioso, del milquinientos, que ha frenado a muy pocos centímetros de la parte trasera del Mercedes. Pronto comprueba Cinazo que el calé que conducía el ahora destrozado Mercedes se dirige hacia él con evidente e indisimulada intención de infligirle algún tipo de violencia física, amenaza que debido al tamaño del sujeto y a cómo agita su brazos, puede llegar a poner en entredicho la integridad física de partes vitales del cuerpo del sacerdote. Consciente de la gravedad de la amenaza que representa el enorme gitano –provisto a su vez de una cachava de bambú decorada con un mango en cuero y terminada en un contundente apéndice metálico–, el cura vuelve a introducirse en su coche.

Pero éste movimiento no ha sido muy rápido y tiene tiempo el gitano de descargar su cachava sobre el cura, quien busca la protección de su cabeza dentro del coche. Yerra el calé el golpe por poco, y el extremo metálico y pesado de la cachava se hunde en el techo del milquinientos con el estrépito de dos trenes chocando. Se hunde el techo del coche del cura y a punto está el bollo en la carrocería de alcanzar su cabeza, tal ha sido la contundencia del golpe. El cura queda paralizado por el terror y no acierta a subir la ventanilla del coche, por lo que el gitano tiene tiempo de cogerle por el pescuezo.

Basilia y Silvestrín se han bajado del seiscientos y observan la violenta escena ocultos tras una esquina. Él tiene la esperanza de que el gitano, que evidentemente está muy enfadado con el cura, proporcione algunas razones contundentes, más contundentes, al cura –un pensamiento que hace solo unas horas le habría parecido propio de renegados anticlericales– de tal forma que le deje sedado y así pueda él recuperar sus preciosos termómetros. Aunque, sorprendentemente, se encuentra a sí mismo pensando que la contrapartida de continuar con Basilia tras ellos no le parece desaconsejable en absoluto.

Por su parte, Basilia ha aprovechado el íntimo intercambio de emociones entre los dos hombres para pasar desapercibida y ade-

lantarse y se ha acercado lo suficiente hasta ellos como para oír la conversación –o espontáneo intercambio de opiniones aderezado con gestualidad hispana en grado sumo–, y hace señas a Silvestrín para que se acerque también. Así lo hace él, con ambos protagonistas del encuentro entregados a sus propios asuntos, justo a tiempo de ver cómo el gitano hace amago de ahogar a Cinazo por el expeditivo procedimiento de reducir su cuello al tamaño de un palo de escoba.

– ¡*Bullatí*! –grita el gitano sin aflojar ni un poco el cerco que ha establecido con su mano como una pala de excavadora alrededor del cuello del cura–. Eréj tú un *busné* mu *choro* y un *candoré* mu *junjún* que juega con el *parné* de lo demá.

El cura, que siente que el aire no consigue llegar hasta sus exhaustos pulmones, hace con ambas manos un amago de agarrar la manaza izquierda del caló para aflojar su mortal abrazo, y conseguir así un poco de aire, pero nada consigue frente al cepo firme del calé. Mientras, con habilidad psicomotriz, el brazo derecho del gitano va dejando caer rítmicos golpes de cachava sobre el capó del milquinientos, que va tomando un preocupante aspecto ondulado muy poco aerodinámico. Debido a la contundencia de los golpes y a la sonoridad del ruido de la chapa abollándose bajo el martillo pilón que maneja el gitano, algunos lugareños han salido a ver lo que sucede. Y ante la sorpresa de Silvestrín, la mayoría no hace ningún movimiento para ayudar al cura y unos pocos parecen disfrutar bastante con el espectáculo, que deben encontrar gracioso en grado sumo, pues se ríen a carcajadas.

– Si tas pensado kun *petulengre* como chso se va a dejá *chorar* su *parné* por un *sersén gallardó* como tú, ej que estás *liló* –añade el gitano mientras forcejea con la puerta del coche intentando abrirla y sacar al cura del mismo.

Pero el cura se resiste a morir ahogado en medio del campo y con un esfuerzo agónico logra clavar un estilete, que utiliza para cortar las hojas de los libros y que ha sacado oportunamente de su guantera, en el antebrazo del gitano. Éste afloja el mortal abrazo que ha tendido alrededor del cuello del cura y da un grito de dolor. Al sentir aliviado que el aire vuelve a correr libremente por su tráquea, el cura inhala intensamente y luego emite un sonoro sonido de exhalación.

–¡Pero es que te has vuelto loco, Heredia! –acierta a decir el cura mientras sujeta la puerta del coche. A pesar de la sangre que mana de su brazo, el gitano parece ahora más calmado. Aunque era evidente que ambos ya se conocían, pues un trato tan familiar es difícil que se dé entre desconocidos, el cura parece tener cierta confianza con el

gitano.

– No me muestrej la *churi*, que te clavo las *cachás*, *belichó* de mierda –dice el gitano mientras mira fieramente al cura–. Págame el *parné* que me adeudas, que me le ganao honramente. Los cien mil duros que sé que ta pagao el marqués de Sotogrande por el retablo, sha lo está repartiendo con nozotros , que no só el obispo y tú oj vai a beneficia del negosio –añade el gitano hablando por fin en cristiano–. Con *gachós* como tú no se puede *paruguelar* ni ná.

El cura mira compungido a la mala bestía que tiene delante, y que agita ahora la cachava amenazando con dejarla caer sobre la propia cabeza del cura, y espera por su vida que el gitano no se entere de que ese dinero lo ha jugado, y perdido, en las timbas que se montan en "El loro azul y carmesí". Aunque no todo lo ha perdido jugando, pues en los últimos dos meses apenas si ha habido un día que no haya visitado a las meretrices del club, con el champán corriendo a raudales y las nalgas doloridas. Empieza el cura a balbucear una excusa convincente, pero el gitano le vuelve a coger por el pescuezo y amenaza con partírselo como si fuera un palito seco.

– Como nao veya eu agora mesmo mis vinte mil *chulés* –añade el gitano, que tiene antecedentes portugueses–, date a ti mismo la ejtremaunció, que tú ere un pofesional de eso. He tenido mushos gaztos huntando gente hasta conseguí chevar el retablo a *Madrilati*, que hay que ve lo que pesaba el jodio, to él nogal masiso, y agora mesmo los quero recuperar, que hace má de dos meses que me está dando ejquinazo. Menos mal que sa sabía eu que hoye tiñas de pasar por aquí, chorizo –añade enigmático el calé.

Con débil alegría contenida el calé observa esperanzado cómo el cura le hace gestos de que tiene el dinero que con tanta vehemencia le reclama en el bolsillo de la sotana. Afloja el gitano la tensión sobre el cuello del cura, y éste toma agónicamente aire.

– Aquí tengo tu parte de la suma –dice el cura entre estertores mientras se lleva la mano al bolsillo de la sotana. Silvestrín, que conoce la historia de ese dinero, nota su propio fajo de billetes en el bolsillo, justo al lado de su miembro, que ha vuelto a aumentar de tamaño en cuanto él se ha colocado detrás de Basilia y a la vez que ha sentido la dureza de sus nalgas al apretarse contra ella para mejor seguir la evolución de los acontecimientos entre cura y gitano desde la discreción, ha notado cómo sus efluvios perfumados han ascendido hasta su pituitaria. Ella se ha girado un poco sorprendida, y le ha sonreído enigmática.

Saca como puede el cura un grueso atado de billetes, los mismos que hace poco le ha pagado don Onofre por el termómetro Beckmann, y se los ofrece al gitano. Éste los toma ávido y comprueba que es un fajo de billetes de mil pesetas, verdes como la esperanza. Primero los huele con avidez, como si se tratara de una flor perfumada, suspira aliviado, y empieza a contarlos. Pero apenas ha tenido tiempo de solazarse con el dulce olor del dinero, cuando llega un estruendo atronador del otro lado de la calle. Un confiado conductor, que venía en dirección contraria, se ha encontrado de frente con el Mercedes cruzado tapando la totalidad de la calle. El choque ha sido más aparatoso que grave, pero parte de la puerta del acompañante del Mercedes se ha hundido y el gitano, sorteando su propio Mercedes, se dirige rápido hacia el sorprendido conductor, que le observa con comprensible terror.

– ¡Qué passa, que no sabemo conducir por la deresha! –grita el gitano como un energúmeno, sin aflojar la mano que se ha cerrado como una garra de mono sobre el fajo de billetes, mientras grita amenazante hacia el incauto conductor que ha tenido la desgracia de chocar contra el coche cruzado en toda la calle y blande de nuevo la pesada cachava.

Mientras los golpes de cachava y las patadas del gitano dejan con múltiples abolladuras el nuevo coche que ha tenido la desgracia de entrometerse en la resolución de sus negocios con Cinazo, un seiscientos cuya dura chapa aguanta como puede los golpes, aprovecha el cura para girar la llave de contacto, y dando marcha atrás, abordar una calle lateral que le permite huir del calé. Éste se da cuenta de la maniobra, pero como ya cree tener su dinero, le deja marchar. Pero apenas ve que el cura enfila la calle lateral de huida, le lanza una sarta de improperios. Demasiado tarde se ha dado cuenta el calé de que allí sólo hay veinticinco mil pesetas, pues el taimado tahúr de Cinazo siempre divide el dinero en varias partes para evitar perderlo a la vez, hábil actitud de ludópata que le garantiza que el dinero le dure un poco, sólo un poco más.

Deja el gitano de propinar patadas a las muy deterioradas puertas del seiscientos, dentro del cual un aterrorizado conductor se protege la cabeza con las manos, y se introduce en su propio coche, el hasta hace poco reluciente Mercedes que el gitano había permutado ayer por tres caballos a un colega. Pero sólo consigue comprobar que la pesada máquina está encajada y que le va a resultar difícil salir de allí. Basilia y Silvestrín, que ya sólo están interesados en el cura, ya

han vuelto a su propio coche y se lanzan de nuevo sin dudarlo en persecución del cura.

Las últimas casas del puebo quedan a atrás y se internan por un camino arbolado. Girando en la curva de entrada que lleva a la pequeña explanada ante la iglesia, el cura Cinazo termina de girar ciento ochenta grados y deja el vehículo que conduce mirando hacia la salida del camino, pues éste termina en una tapia. Ante la sorprendida mirada de Silvestrín aparece una iglesia monumental, absolutamente fuera de lugar en medio de la nada. Basilia, por el contrario, no parece muy impresionada por la imponente mole de piedra de la fábrica.

– ¡Anda que no tuvo el conde que despellejar culos de negros y mandarlos al infierno para poder pagar este pedazo de pedrusco y conseguir salvar así su alma inmortal! –dice solemne Basilia ante un sorprendido Silvestrín, que sospecha que ella conoce bien la historia de esta enorme construcción, aunque él es la primera vez que la contempla.

En el exterior de la iglesia destacan dos espléndidas torres de sillería con un curioso escalonado, que acaban en sendas barandas de balaustres y recios pináculos erectos hacia el cielo. Todos el conjunto arquitectónico destila una perfecta simetría, prueba evidente de que quien la mando construir dirigió la obra con mano férrea. El severo alzado de la iglesia, solemne de presencia y derroche de austeridad, sobrecoge a Silvestrín.

Ante la impresionante fachada neoclásica de la iglesia, con arco de entrada de medio punto, un nutrido grupo de personas está ya esperando, aunque las puertas de la misma permanecen cerradas. En un lado del camino empedrado que lleva hasta la entrada, cuatro guardias civiles están vestidos con sus mejores galas, con el tricornio ribeteado de dorados festones, así como partes de sus trajes de gala, lo que les confiere un aire de coroneles del ejército de Pancho Villa. A su mando, el comandante del puesto, cabo primero Romualdo Decafónico, orgulloso de portar la dorada banda que le acredita como máxima autoridad militar del pueblo. Él es el único de los cinco que no lleva mauser en bandolera –bien que apuntando hacia abajo, como manda la tradición que lleven los guardia el fusil en misa–, pues porta un revolver en una reluciente funda de cuero negro, que combina muy bien con el uniforme. Al lado de cada guardia, un instrumento musical, dos trompetas, un clarinete y un par de metálicos platillos, la especialidad instrumental del guardia de primera Florentino Meol-

vides. Es la primera vez que el puesto local del benemérico cuerpo se involucra con tanta intensidad en esta sentida ceremonia, pues en años pretéritos las escasa dotes musicales del comandante del puesto –hoy prestando servicio en la provincia africana del Sahara–, hizo que los guardias estuvieran en la ceremonia en actitud pasiva, sin aportaciones musicales. Pero esta vez va a ser diferente, pues el cabo Decafónico está decidido a que la ceremonia de este año pase a los anales de la historia local.

Al otro lado del pavimentado sendero que lleva hasta la puerta de la iglesia, un amenazante grupo de tunos, con sus ridículos pantaloncitos bombachos, las capas negras que apenas les cubren las nalgas y unas medias que muestran sus musculosas piernas, un espectáculo obsceno en sí mismo, hace cabriolas mientras las cintas de sus capas vuelan al aire y se oye el desasosegante sonido de una pandereta tañida por mano inexperta, aportación nacional al acervo mundial de los instrumentos musicales que junto con la zambomba y la botella de anís del mono arrastran por el suelo el nombre de nuestra patria allí por donde tienen la desgracia de actuar. El lider del grupo de tunantes, Nacho Colatado, hijo de Cigüeñuela, la noble villa que acoge en su término municipal la impresionante iglesia, ha convencido a sus compañeros del interés de esta ceremonia. Bien es cierto que los veinte duritos por barba que les ha prometido Cinazo si asistían a su misa anual, también ha ayudado lo suyo a convencerles.

Bajo unos árboles apartados, un reducido número de lugareños viste sus mejores galas. Ante la sorpresa de Silvestrín –que observa contrariado cómo el cura se ha bajado del automóvil llevando bajo el brazo el atado con sus preciados termómetros a la vez que echa una mirada compungida al estuche todavía con huecos en su interior que reposa en la parte trasera del coche de Basilia–, ella sigue adelante sin detener el coche y se interna en lo que es evidentemente una calle sin salida, pues una gran tapia se alza impenetrable. Sin embargo, poco antes de llegar al final del camino y darse contra la tapia, gira Basilia oportunamente y toma una rodera que milagrosamente ha aparecido a su izquierda. Sigue ella impeturbable a toda velocidad, rodea la iglesia y se coloca en la parte de atrás de la misma. La maniobra no ha pasado desapercibida para el grupo de lugareños, aunque se limitan a encogerse de hombros.

– Tú no puedes salir con esas pintas, que te van a tomar por un cura desastrado –dice ella mirando a Silvestrín–. Espérame aquí, que yo sé la manera de entrar a la iglesia por aquí.

– Lo siento, pero no pienso permitir que arrostres tú sola el peligro de recuperar los termómetros –dice serio pero firme Silvestrín.

– Está bien –concede Basilia–, pero sígueme los pasos sin separarte de mí –añade ella mientras desciende decidida del coche.

Mientras Basilia y Silvestrín se organizan, el cura Cinazo se dirige raudo hacia la iglesia pasando rápido entre tunos y guardias mientras, a lo lejos, le observan los lugareños, que no hacen amago alguno de acercarse. Esta falta de devoción religiosa por parte de los aborígenes saca de sus casillas al cabo Decafónico. Él ha nacido en la jienense Úbeda, y allí la devoción cristiana se masca en cada acto religioso. Pregunta entonces el cura a uno de los lugareños más cercanos si la sacristana ya está dentro de la iglesia. El cazurro lugareño se toma su tiempo para responder y sonríe de medio lado. El cura se desespera, pero pronto observa que la puerta de la iglesia se abre ligeramente. El cura penetra en el interior de la oscura iglesia por la puerta apenas entreabierta y del lado del los lugareños se escucha una voz potente.

– ¡A alguno le va a hacer falta un número más de tricornio! –se escucha decir con claridad.

La enigmática frase deja indiferentes a todos los guardias excepto al cabo Decafónico. La sacristana es su propia mujer, Matilde Molida, que se encarga personalmente del cuidado de la iglesia y que para esta particular ceremonia ha decorado con flores frescas todo el templo. A oídos de Decafónico han llegado las habladurías de que el cura Cinazo y su mujer –la de Decafónico, claro–, pasa mucho tiempo a solas en la iglesia con el cura, que viene periódicamente a visitarla –la iglesia, no a la mujer de Decafónico, claro, aunque también–. Aunque Decafónico sabe que el sueldo de sacristana viene muy bien a su más que escaso sueldo de guardia y aunque está razonablemente seguro de la virtud de su mujer, tanta habladuría popular le está empezando a molestar. “Coge un tricornio más grande, que te apretará menos”, le han gritado alguna vez desde detrás de unas tapias, sin que haya podido reconocer al delincuente que ha proferido tamañas maledicencias. Pero el hecho de que el cura se haya empeñado en que la puerta de la iglesia se abra sólo cinco minutos antes de la misa y que todavía falten veinte minutos para que comience, empiezan a inquietar al cabo. Mira éste su reloj de bolsillo ansioso, y otra voz anónima y cobarde se eleva de entre el grupo de lugareñosdiciendo: “¡A ese cura de quince minutos le sobran diez!”.

Por su parte, Basilia, seguida de Silvestrín, que ha cogido el estuche de los termómetros y lo lleva bien apretado bajo el brazo, se

ha dirigido hacia una pequeña puerta trasera de la iglesia. Por su aspecto parece que hace siglos que no ha sido abierta. Sin embargo, y de nuevo sorprendentemente, Basilia la abre sin más que empujarla suavemente. Entran en una pequeña habitación, la cual contiene únicamente una pila bautismal de una sola pieza de piedra. El borde circular de la pila está rodeado de un festón blanco hecho a ganchillo, lo que le confiere un aire ridículo, como si fuera una faldita colocada en unas inmensas caderas. Cada vez está más sorprendido Silvestrín por el aparente perfecto conocimiento que tiene Basilia de todo lo relacionado con esta iglesia, cosa bastante sorprendente en una roja anticlerical como ella. Pero ajena a estos pensamientos, Basilia cierra la puerta tras de ellos y se adentran en la nave principal de la iglesia.

A su vez, ajeno al cabreo del cabo que ha quedado fuera, los ojos del cura empiezan a acostumbrarse a la oscuridad. La mujer que le ha abierto la puerta y que ha cerrado tras él entrar, es una mujer de pueblo, joven y lozana, pechugona y ancha de caderas que exuda sana crianza por todos sus poros. Nada más verla, el cura Cinazo, que ya viene con el corazón sobresaltado por el terrible encuentro que ha tenido con el gitano, intenta magrearla. La mujer, ya acostumbrada a las efusiones afectivas del cura, no se sorprende de la actitud del cura.

– Venga Matilde, vamos para el confesionario del coro, que vengo con los nervios destrozados y ya sabes cómo me tranquiliza a mí un buen revolcón... contigo –acierta a añadir. La cara de pocos amigos de la mujer, le lleva a insistir–. Que no es por vicio, mujer, que ya sabes que cuando tengo que dar una misa me pongo de los nervios, y hoy los traigo de punta. Y que además ésta es mi misa anual aquí, que es de mucha responsabilidad.

Basilia y Silvestrín no pierden detalle de la conversación y del atado que contiene los termómetros, del que el cura no se separa ni siquiera para hacer proposiciones indecentes a la mujer. Mientras el cura mira el reloj con aprensión y va suplicando, "Vamos, mujer, ¿a tí que te cuesta?, si es cosa de cinco minutos", la mujer cede por fin y accede a subir al coro con el cura. Sabe que al padre Cinazo le produce especial morbo realizar el acto sexual, como él lo describe, en el confesionario gótico –salvado de la quema de la iglesia de San Apapurcio, en Burgos, lo único que quedó de la pobre y adquirido por el duque de Tangle en una tienda de antiguedades– forrado de tercioplelo rojo por dentro y con un mullido asiento. Sube la mujer las escaleras que dan al coro delante del cura, que se relame admirando

sus norteñas proporciones, y desde debajo oyen Basilia y Silvestrín sus recios pasos sobre el entarimado de madera del coro.

Saca el cura una cadenita de acero con una llave atada al final de la misma, y procede a abrir la puerta del confesionario, dotada de una cerradura medieval que en su momento se utilizó en el cinturón de castidad de una devota reina castellana. Gira la llave en la cerradura y suenan los mecanismos chirriando. La puerta del confesionario está reforzada, así como sus junturas, que más se parece a un cofre que a una caja de madera. Entran ambos en el amplio confesionario –que se diseñó especialmente amplio para el arzobispo Tomás Tildebarco, progenitor de cuarenta hijos, aplicador implacable del derecho de pernada en su extensa diócesis y hombre dotado de una verga imponente y ciento cincuenta kilos de humanidad, por lo que necesitaba un sitio amplio en el que sentarse a perdonar los pecados de los demás, que los suyos propios, cuando los cometía, se los perdonaba a sí mismo–, deposita Cinazo el atado de termómetros bajo el asiento reforzado que las posaderas de Tildebarco torturaron, y observa cómo la mujer se levanta la ajustada falda hasta casi la cintura.

Como ella no lleva las bragas puestas, el cura experimenta una rápida erección, procediendo a liberar su miembro por el expeditivo procedimiento de echarse la sotana sobre el pecho y bajarse rápido pantalones y calzoncillos hasta los tobillos. Suben Basilia y Silvestrín con cuidado la escalera que lleva al coro, pero comprueban que no hay nadie a la vista. Pronto se convencen de que el cura y la mujer están dentro del confesionario –ahora utilizado para cometer pecadillos más que para perdonarlos–, pues ese cubículo oscila ligeramente y suelta virutillas de madera carcomida por todos los agujeros que los insectos trepanadores han perforado en él al cabo de los siglos. Al fondo, y tapando una ventana, hay una cortina, por lo que Basilia y Silvestrín optan por ocultarse detrás de ella con la esperanza de que el cura deje en el confesionario los termómetros después de rematar la fatigosa faena a la que ahora está entregado. Cruzan de puntillas el coro y se ocultan tras la cortina.

La actividad gimnástica en habitación estrecha continúa durante apenas cinco minutos más –"un polvo rápido", suele decir Cinazo, su especialidad–, y al poco rato se abre la puerta del confesionario con chirrido de goznes sin aceitar. Sale primero la mujer bajándose la estrecha falda y después de un rato surge el cura, que ha necesitado más tiempo para recolocar en su sitio todo lo que lleva oculto bajo la sotana. Ante la sorpresa de Basilia y la alegría de Silvestrín, el cura

ya no lleva con él los termómetros, por lo que tiene alguna esperanza de recuperarlos. Pero éstas pronto se disipan, pues el cura cierra la puerta del confesionario con doble vuelta de llave y el estrépito correspondiente.

Después de este breve intercambio de humores entre sacerdote y feligresa, el cura está realmente mucho más relajado. Matilde se baja completamente la parte inferior del vestido y se lo compone. Se atusa el pelo como puede, aunque el dulce abandono que ha poco ha experimentado se lo ha revuelto, pero apenas consigue ordenarlo un poco. Por otro lado, la perfecta acústica del coro ha hecho que desde el exterior tunos, lugareños y guardias hayan seguido con interés el surtido repertorio de gritos que provenían del interior de la iglesia, como si de dos animales enjaulados resoplando se tratara.

– ¿Está ya todo preparado? –pregunta a Matilde el cura sin demasiado interés.

Ella sigue componiéndose el peinado.

– Sí, el albañil, Maximino, vino está mañana a dar los últimos retoques al retablo de San Miguel –responde Matilde al cura, recordando que el citado Maximino ha hecho algó más que retocar el retablo y que le ha dado un repaso a ella misma que ríete tú de este cura impotente y manazas–, y puedo asegurarle, padre, que lo hizo a conciencia. Estuvo subiendo y bajando toda la mañana, pintando aquí y apretando allá, para que el nuevo retablo dé el pego del antiguo.

Al oír esta última expresión, el cura da un respingo

–¡Eso no lo digas ni en broma! –grita el cura, que ha tenido que aflojar mil duros al citado Maximino por su trabajo y otras mil pesetas a Matilde por su silencio–. El obispado está falto de liquidez y el retablo ha sido prestado durante una temporada a un cristiano patrocinador que a cambio de su beata contemplación nos proporciona unos fondos que tan necesarios nos son para llevar el evangelio hasta el último rincón de esta diócesis. A estos cavernícolas les diremos que se lo han llevado a restaurar y que lo importante es el espíritu que impregna la iglesia toda, no las imágenes idólatras que adornan sus paredes –añade Cinazo de mal humor–. Y ahora, haz entrar a esa chusma, que todos los años es la misma pantomima.

Bajan cura y mujer rápidos las escaleras del coro y Silvestrín hace un intento por abrir la puerta del confesionario. Pero no hay nada que hacer, pues la repujada puerta tiene más remaches que el puente colgante de Portugalete.

– Será mejor que nos quedemos aquí en el coro –dice Basilia–. Así vigilamos los termómetros y no llamaremos la atención ahí abajo –añade mientras mira su corta faldita blanca y la arrugada sotana de Silvestrín.

Una vez más, Silvestrín tiene que admitir que la mente de Basilia va varios pasos, o kilómetros, por delante de la suya, por lo que asiente y se dispone a vigilar el confesionario. ¡Tan cerca de sus termómetros y tan inaccesibles!, piensa mientras se consuela con la visión de su amada Basilia, que no le ha abandonado en este trago.

La banda armada de la Guardia Civil, portando instrumentos musicales y sus armas reglamentarias es la primera en entrar en la iglesia. Nada más entrar en el frío edificio busca Decafónico a su mujer con la vista, pero ésta está en la sacristía, oportunamente ayudando a Cinazo a vestir casullas y demás prendas para la ceremonia. Después entra la tuna, que se coloca en la capilla de San Miguel, santo al que van a honrar hoy. Poco después, remolones, entran los lugareños, que se arrastrán con lentitud lo más lejos posible del altar. El albañil, Maximino Tauro, se coloca cerca del retablo en el que ha estado trabajando esta mañana, profesional actitud digna de encomio.

El cura sale de la sacristía vistiendo una casulla verde y oro, la que utiliza en sus mejores tardes. Va seguido de dos monaguillos que se han vestido a la carrera y se escucha un murmullo cuando los lugareños ven surgir de la sacristía a la sacristana, que se camufla entre los lugareños. Decafónico la sigue con la mirada y luego mira al cura con odio.

Mientras la misa va avanzando a toda velocidad, de espaldas al público el cura Cinazo recita latinajos y se entrega a sus propios pensamientos. Es una faena de aliño, pues Cinazo está más pensando en el importante papel que va a jugar en la reunión de Comillas, así se lo ha prometido el nuncio, que en esta ceremonia anual que le saca de quicio.

Llega por fin el momento de la consagración y el cura eleva mecánicamente sus manos hacia el cielo mientras sujeta con cuidado la forma circular y blanca. Suena un tintineo de metálicas campanillas y como si hubiera sido esa la señal convenida para soltar una salva de artillería, la pequeña orquesta de la Guardia Civil ataca con pasión viril e hispánico sentimiento la ejecución musical del Himno Nacional, en la variante de Jose María Pemán, que hace temblar las paredes del recinto, lo que deja constancia de la potencia pulmonar de que hace gala el benemérito cuerpo. Los aborígenes, ya conocedores

de este potente buen hacer musical de la banda de la benemérita dirigida por Decafónico en estas circunstancias de levantamiento de formas –pues dicha banda perpetra la misma murga todas las semanas en la misa mayor del pueblo, sin que las advertencias de don Cosme Talizado, cura párroco titular de Cigüeñuela, hayan servido de nada frente a las ansias melómanas de Decafónico–, se tapan con los dedos sus conductos auditivos en el justificado afán de librar a sus tímpanos de un estallido prematuro. Pero el cura Cinazo, pensando en lo entregadas que están a la tarea de socorrer al necesitado las buenas mujeres de este pueblo –pues a lo largo de los años ha tenido varias sacristanas–, y nada prevenido ante la montaña de decibelios que se le viene encima, recibe sin posible protección auditiva el estruendo acústico de trompetas y platillos, todo el conjunto reciamente dirigido por el comandante Decafónico.

Ante la tormenta sonora desatada sin previo aviso, pierde el cura el equilibrio y la redonda forma sale disparada para caer sobre el altar. Mueve los brazos el cura compulsivamente intentando mantener su equilibrio y arrasa con el caliz, el copón y con los libros que hay sobre el altar. Vinajeras y atriles salen disparados, pero unos atentos monaguillos se lanzan en plancha y consiguen reducir el estropicio cogiendo cada uno por su lado los sagrados objetos, que corrían peligro de quebrarse contra el pavimento de piedra. Con el corazón latiéndole a mil por hora, logra Cinazo recuperar la compostura, el cáliz, el copón y las vinajeras. Recompone como puede el cuadro sobre el altar, llena de nuevo el caliz de vino –felizmente, el derramado no había aún experimemntado el misterio de la transustanciación, por lo que no hay problema–, se olvida del agua, toma otra forma, la levanta a toda prisa mientras observa a hurtadillas si el grupo de músicos piensa atronar de nuevo la estancia –pero el poderoso despliegue de facultades que han exhibido les ha dejado derrengados–, y opta Cinazo por imprimir velocidad a la ceremonia, y consagra pan y vino a toda prisa.

Con el corazón todavía latiendole desbocado, toma el cura el copón lleno de formas, ahora ya consagradas, para ir a repartir las hostias entre la concurrencia –aunque se queda con ganas de dar algunas de cosecha propia a la banda de guardias–. Ante su sorpresa nadie, salvedad hecha de dos venerables ancianas, hace amago de acercarse a comulgar. Éstas llevan un paso tan lento y se demoran tanto en llegar ante el cura, que éste pierde ostensiblemente la paciencia, se retira de nuevo hacia el altar, y deja a las beatas a medio camino

y sin comulgar.

La misa termina poco antes de las cuatro y media, pues Cinazo ha imprimido un ritmo endiablado, valga la redundancia, a la misma. Pero todavía queda el discurso de clausura de la fiesta de San Miguel, santo patrón del patrón que allí les convoca. Recogidos todos los instrumentos sagrados, encerrado el copón dentro del sagrario y cerrado éste con doble vuelta de llave, el cura Cinazo se dirige hacia el púlpito, que situado en la nave central y cerca de la capilla de San Miguel, le permite perorar desde lo alto al entregado público. Se levanta las faldas de la sotana y sube las irregulares escaleras de granito con paso inseguro, trastablilla y está a punto de caerse de morros. Algunas risas nerviosas se elevan de entre los lugareños asilvestrados, pero son pronto acalladas por los siseos.

Se coloca Cinazo en el estrecho círculo del púlpito, que casi ciñe su barriga, y al elevar la vista puede observar la pobre audiencia que allí se ha congregado y que, a pesar de eso, le ha costado más de mil duros reunir. Los guardias le observan con cara de pocos amigos, los tunos parecen sacados de una película de vampiros, con esas capas negras y esas piernas huesudas, y los lugareños están ausentes en su mayoría. Menos mal que durante la breve ceremonia nadie ha reparado en el retablo, por lo que la réplica debe ser buena. Carente de iluminación, a la débil luz de la tarde, hasta la escayola puede pasar por nogal. Eleva todavía más la mirada por encima de tan solícita audiencia y se asusta al ver el enorme retrato de don Gaspar de Güebos y Jitanjáfora, que con su peluca blanca, el bastón grueso en el que se apoya y las calzas negras, parece un tuno pasado de vueltas. Lleva el abrigo de cibelina completamente abierto y bajo él una casaca roja que, desabrochada justo por debajo de la cintura, le da un aire de exhibicionista desinhibido. Los grandes zapatos que calza le confieren un aspecto deforme y su mirada dura asusta a Cinazo por un momento. Pero pronto se recupera y empieza la charla que no lleva preparada.

– Amadísimos lugareños..., digo hermanos –se trabuca Cinazo–, del mismo modo que don Gaspar de Güebos y Jitanjáfora, indiano entregado a la causa de la redención de los infieles allá en el Perú que Francisco de Pizarro conquistó a mayor gloria de España, arrancó de las fecundas entrañas del cerró Postosí la plata que le posibilitó levantar este lugar de culto entregado a la memoria de San Martín y del mismo modo que dirigió con mano firme la erección de este monumento en el sobrio estilo herreriano tan caro a los sobrios varones

castellanos en una época de exaltaciones decorativas de barroco gusto que aquí no fueron toleradas, así vosotros debeis preservar vuestras almas a mayor gloria de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana.

Hace un receso, pues algunas risas entre los aborígenes, y aún entre los guardias, son incontenibles, prueba de la baja categoría moral de semejante chusma.

–Y del mismo modo que mi dilecto bisabuelo, don Miguel Güebos y Panceta compró los mejores nogales y los mejores artesanos para dotar a la iglesia de estos excelsos retablos de San Miguel y Santo Toribio, así nosotros debemos utilizar los mejores materiales y seguir a los mejores artesanos de almas para llegar cuanto antes al cielo.

La concurrencia recibe con diversos gestos de desagrado el parlamento del cura, y algunos le vuelven a saludar con los dedos índice y meñique extendidos, indicándole que él, si tanto le gusta, puede ir abriendo el camino del paraíso celestial. Mientras el cura continúa perorando como un beodo, pues entre el vino de don Onofre y el de la misa se ha ido animando, el gitano imponente que conducía el Mercedes rojo que antes le ha cortado el camino hace su entrada en la iglesia. Tocado con una gorrilla madrileña que le viene pequeña y con la cachava colgando del antebrazo cual tizona amenazante, se dirige sin dudarlo hacia el púlpito seguido por las miradas esperanzadas de todos los feligreses y el íntimo deseo de que propine un buen repaso al cura. Cinazo, momentáneamente mudo por la impresión de ver allí al energúmeno, le sigue con la mirada en su deambular por el templo, una mirada de miedo y sorpresa a partes iguales. Pero pronto recupera el cura la compostura y continúa ejerciendo su magisterio ante la aburrida parroquia.

– Estamos hoy aquí, como todos los años en fecha tan señalada, celebrando la festividad de San Miguel Arcángel, bajo cuya militar y celestial protección nos encontramos –añade el cura mientras eleva una mirada hacia arriba y hacia su derecha. Y esperando que en su caso sea cierto y le proteja de verdad de las iras del orondo gitano, cuya barriga tensa la camisa como el parche de un tambor.

Todas las miradas se dirigen hacia el imponente retablo de un indefinido tono oscuro a la luz del atardecer, que palidece dentro de la iglesia por momentos. En lo alto del mismo, la estatua de un soldado con todos los atributos del arte de guerrear, espada en la mano derecha, escudo circular en la izquierda, petos y protecciones acorazadas y un yelmo cilíndrico que le oculta por completo el rostro,

está situado en una especie de hornacina ricamente repujada. De su espalda brotan dos alas de más que mediano tamaño, indicando su condición de miembro especial del comando aéreo celestial. San Miguel Arcángel, representado a la manera típica de Sudamérica por expreso deseo de don Gaspar, se yergue majestuoso y sólido a la vez.

Bajo el enorme retablo –que va desde el mismo altar de la capilla hasta el techo, todo él ricamente adornado de columnas y estatuas menores–, la tuna universitaria parece haber estado esperando esa frase de referencia al santo patrón que allí les convoca, pues se lanza a interpretar un número musical que puede competir en estruendo con el que ha poco ha perpetrado la benemérita. Laudes, guitarras y la insufrible pandereta se lanzan a un frenesí musical que, con revuelo de capas negras, pone una nota ruidosa en el ambiente. Aguanta el cura en lo alto del púlpito a que el estruendo estudiantil acabe, y cuando por fin se rompe el parche de la pandereta –la sempiterna falta de fiabilidad de la tecnología nacional–, vuelve la tranquilidad al templo.

– Del mismo modo que este retablo que acoge la alada figura de San Miguel está construído en la sana madera de nogal –añade el cura gritando mientras un murmullo de incredulidad se extiende entre los lugareños, todos ellos conocedores de que el retablo original se lo han pulido entre el cura y el obispo–, noble material que enaltece lo que en ella es tallado y lo perpetúa en el tiempo sin apolillarse, así deben ser vuestras almas, sanas, recias y sin agujeros. Y si de una única pieza salida del más noble nogal que haya dado esta tierra se ha tallado la guerrera figura que aquí le representa, siempre en lucha contra el mal, así debe ser vuestra entrega a la Santa Madre Iglesia, una y sólida.

Apenas el cura acaba de citar el noble material arbóreo, el gitano que se encuentra cerca del púlpito y justo bajo la estatua de San Miguel, comienza a hacer gestos de ostensible desacuerdo con las palabras del cura y se mesa los pelos del abundante bigote.

El cabo Decafónico, que no está al tanto de las novedades y que desconoce que el retablo original está en Madrid, no pierde de vista al calé, cuya actitud le parece sospechosa. Ya sabe que se ha hecho recientemente testigo de Jehová, una secta extranjerizante y, lo que es peor, protestante, pero por puro ecumenismo ha decidido no prohibirle la entrada en el templo, a fin de evitar un escándalo mayor.

Mientras, la voz del gitano gritando "¡Puspurina pintá y ieso der malo!", se extiende por la iglesia, aunque son pocos los que comprenden lo que dice. El cura Cinazo hace un amago de acallar el vozarrón

del gitano, y de repente se hace el silencio entre la parroquia. Como movido por un hilo invisible, aunque la cuerda que llega hasta el suelo resulta bastante visible, la cabeza de la estatua de San Miguel empieza a oscilar sospechosamente. Un grito sordo de sorpresa recorre la concurrencia toda, y el cura Cinazo levanta con horror la vista hacia la cabeza del santo, que pendulea ostensiblemente. Sólo el gitano y la tuna, con el retablo a sus espaldas, parecen no ser concientes de lo que está sucediendo tras ellos. El primero empieza a echar espuma por la boca y las frases entrecortadas que logra articular, entre las que se escuchan acusaciones vertidas contra el cura, apenas se entienden. Un grito se eleva de entre los lugareños cuando la cabeza de San Miguel deja de oscilar, se desprende limpiamente del cuerpo de la estatua y se precipita como una exhalación al suelo, con tal suerte que antes de llegar a él impacta contra la cabeza del gitano. Éste, con la gorrilla en la mano para mejor expresar su disgusto hacia las palabras del cura, recibe el impacto sin más protección que su hueso craneal. Resuena el golpe en toda la bóveda de la iglesia, sonando como una sandía que se abre.

La contundencia del golpe, desde más de cinco metros de altura, y la dura testa del calé hacen que la cabeza de yeso explote como una granada madura chocando contra un muro y una lluvia fina de finas partículas blancas riega a los componentes de la tuna, que observan con profundo desagrado cómo sus negras vestimentas se ven cubiertas de blancas motitas, a la vez que el gitano da unos pasos en dirección a la salida y cae inconsciente al suelo tan grande como es. El cura Cinazo no puede evitar proferir el grito inconsciente de "¡Milagro!", algo completamente fuera de lugar al entender de los lugareños, excepto que se refiera al milagro de transustanciación de una cabeza que era de nogal en el momento de separarse del cuerpo del arcangel y que se ha transmutado milagrosamente en yeso a chocar contra otra cabeza ajena. Eso, o el milagro de la precisión en la caída.

El público que apenas abarrota la nave se mueve como una ola intentando elejarse de la zona de caída de objetos milagrosos y no alados, pero los componentes de la tuna, completamente ajenos al peligro que literalmente se cierne sobre sus cabezas y sólo pendientes de su atuendo manchado –pues ya se sabe que los miembros de estos conjuntos lírico-vocales y de pobre instrumentación musical no se distinguen precisamente por sus luces intelectuales, aunque algunos extranjeros les encuentran graciosos en su tipismo periclitado–, hacen esfuerzos por sacudirse el polvo blanco al que se ha visto reducida la

cabeza de la estatua, consiguiendo únicamente que el polvo vaya de un tuno a otro sin decidirse a caer al suelo.

Pero el cura Cinazo, que ha percibido claramente cómo el taimado obrero Tauro ha tensado la cuerda que ha desprendido la cabeza de pega del arcangel –ardid hurdido sin duda por la mañana, mientras Matilde le hacía dando los últimos retoques, piensa Cinazo–, observa con horror cómo una segunda cuerda es manejada por el desagradecido proletario. Maximino lanza una malvada sonrisa de suficiencia al cura y tensa la segunda cuerda. Al tensarla, extrae de la pared un enorme clavo que hasta entonces ha sujetado la estructura de yeso y purpurina rebajada con pintura que imita el color del nogal, y después de un momento de indecisión –la famosa ley de la inercia de don Isaac Newton–, la estructura empieza a crujir a la vez que el peso del cuerpo del arcangel, ya descabezado, la hace vencerse hacia adelante –el centro de gravedad, la ley de la palanca y esas cosas–, toda ella a punto de demostrar empíricamente que todo lo que sube tiene que volver a caer.

Acompañado de un grito de horror de la parroquia y de una alocada carrera por ganar la cerrada puerta de salida por parte de los lugareños, la estructura del pseudoretablo se precipita sobre la poco avispada tuna que ve –mejor dicho, no ve–, cómo todos esos kilos de yeso se precipitan sobre sus cabezas, reduciendo a añicos los instrumentos musicales con que perpetran sus fechorías canoras y dejándoles a todos el cuerpo cubierto de magulladuras y cardenales, justo pago a quienes perpetran tales maldades pseudomusicales.

Desde su posición privilegiada en el coro, Basilia y Silvestrín observa como una turbamulta pugna por salir a través de la estrecha puerta. Los gritos de las mujeres y los niños primero son claramente desatendidos por algunos gruesos indígenas que se alejan a la carrera de la iglesia, como si esta fuera a venirse abajo en cualquier momento. Una nubecilla blanca acompaña en su salida a los últimos que atraviesan la puerta, y todos ellos huyen despavoridos hacia el pueblo.

Apenas repuesto Cinazo de la desagradable sorpresa de ver cómo toda su obra imitatoria se ha venido literalmente abajo debido al trabajo de zapa del peligroso elemento que ha resultado ser el obrero Tauro –sacado de El Dueso, en donde se encontraba recluido por ser un comunista subversivo peligroso, para trabajar en la obra debido a sus habilidades con el yeso–, el cura Cinazo se sacude mecánicamente el polvo blanco que cubre ahora por completo su dorada casulla y le ha

dejado el pelo completamente blanqueado. Algunos elementos de la tuna gimen bajo los escombros, otros se tocan la cabeza valorando la magnitud de los daños, pero ninguno parece estar seriamente dañado.

Ante el alud de acontecimientos que se han precipitado, en un sentido bastante literal, la banda de la Guardia Civil, que ha visto con profundo desagrado cómo sus vistosos uniformes ribeteados de dorados y amarillos han perdido su brillo bajo la capa de polvo que ha invadido toda la iglesia, recupera su condición de guardianes del orden establecido. Las miradas que el cabo Decafónico dirige al cura Cinazo no auguran nada bueno a éste último. Y al observar cómo su mujer se refugia en la sacristía, el cabo siente que el tricornio se le levanta una cuarta y toma la decisión de no dejar salir vivo de la iglesia al cura.

– Bueno –acierta a decir Cinazo mientras desciende con cuidado los irregulares escalones del elevado púlpito y sin dirigir la mirada a ningún sitio en concreto–, yo me tengo que ir, que en Comillas el nuncio de su santidad Pío XII ya me está esperando y no es caso de hacerle esperar a lo tonto. Así que damos por finalizada la ceremonia anual de exaltación a San Miguel, y hasta el año que viene, si dios quiere y demás blablabla.

El cabo Decafónico se relame por adelantado y se dice a sí mismo que éste va a ser un caso fácil y que va a disfrutar agujereandole la tripa al cura Cinazo.

– No tan deprisa..., padre Cinazo –dice el cabo con retintín e interponiéndose entre el cura y la puerta de salida de la iglesia–. Antes me tiene que explicar con algún detalle esto de que un retablo de nogal macizo se haya transformado como por arte de magia en varios sacos de yeso y un poco de purpurina. Yo creía que los milagros eran justo al revés –añade el cabo Decafónico, con antecedentes anticlericales en su familia que hasta ahora ha mantenido bien ocultos.

El resto de los números de la Guardia Civil mira alternativamente a la pared vacía ha poco ocupada por el falso retablo, los cuerpos yacentes y gimientes de los miembros de la tuna –sin hacer el más mínimo amago de ayudar a los perpetradores de tamañas bellaquerías musicales, que tienen bien merecido el castigo que el cielo ha tenido a bien infligirles–, al padre Cinazo, que busca con la mirada una salida airosa de tan enojosa situación y a un cabo Decafónico que empieza a acariciar la culata de su pistola y valora la posibilidad de reivindicar a su tío Ceferino, miembro de la Guardia de Asalto republicana depurado gracias a los malos informes del cura de su

pueblo ante el jefe local de Falange.

– Esa es una historia un poco y larga que sólo compete a dios y al obispo de nuestra diócesis y me temo que le iba a aburrir con los detalles teológicos que se manejan –dice el cura mientras busca ansioso con la mirada una salida a tan comprometida situación y observa con preocupación cómo el cabo ya ha liberado a la pistola de su funda y la empuña con decisión–, además de que me temo que su corta inteligencia no iba a dar para entender los sutiles caminos de la santa madre iglesia –añade Cinazo con arrogancia y tentando al peligro mientras huye presto hacia el coro de la iglesia.

El cabo, ante esta inesperada maniobra del cura no lo duda y le apunta con la pistola. Se desprende el cura con agilidad de la casulla, y el guardia civil dispara al bulto, pero sin conseguir alcanzar al cura en ningún punto vital de su anatomía. Gana el cura con agilidad la escalera que lleva al coro, y que tan gratos recuerdos le trae. La pistola del cabo Decafónico se encasquilla y éste pierde un tiempo precioso antes de conseguir que la pistola vuelva a estar operativa.

Al ver la maniobra del cura, Basilia y Silvestrín se vuelven a ocultar detrás de la cortina de terciopelo rojo que cubre la ventana del coro, y observan cómo nada más llegar el cura ante el confesionario lo abre con habilidad, toma el atado con los termómetros, gesto que sume en la desesperación a Silvestrín, y cómo con determinación arrastra con esfuerzo épico el pesado mueble hasta cerca de la escalera de subida y con un empujón decidido lo hace bascular hasta que cae escaleras abajo. El estruendo de tablas rotas es tal que el cabo, que ya venía ascendiendo con presteza después de haber perdido unos preciosos segundos intentando arreglar la pistola, hace un amago de retroceder y luego, más juicioso, retrocede de verdad. La parte superior del muy antiguo confesionario se le viene encima al benemérito elemento convertida el astillas secas, clavos puntiagudos y cortantes hierros oxidados.

Pero el resto de la caja del confesionario ha quedado encajada entre las paredes de la escalera y bloquea el camino de subida hacia el coro y la torre. Sin perder el tiempo, el padre Cinazo aprieta bien bajo su sobaco el atado con los termómetros y se lanza de nuevo escaleras arriba, hacia el campanario de la torre. Las palomas, asustadas por los poco habituales ruidos que vienen de abajo, han puesto los peldaños de la escalera perdidos de excrementos, Cinazo resbala entre tanta porquería líquida y está a punto de perder el equilibrio y de hacer añicos los delicados vidrios de los termómetros.

Llevado de sus desesperación, Silvestrín hace un amago de seguir al cura, pero Basilia se lo impide. "Éste caerá como fruta madura", escucha Silvestrín decir a Basilia. Mientras, ambos observan a hurtadillas y con cierto interés cómo el grupo de guardias civiles que intentan ganar el coro deshacen a culatazos de mauser los restos del venerable confesionario que les bloquea la subida. Una vez que Decafónico ha utilizado su arma reglamentaria, el olor de la polvora les ha embriagado, les ha hecho perder la cabeza y todos ellos quieren ahora también disparar contra el cura.

Vuelve Silvestrín la mirada hacia la iglesia y contempla horrorizado la condición yacente a que se han visto reducidos los miembros de la tuna. Algunos de estos tunos han conseguido levantarse del suelo y sentarse en los bancos de la iglesia. Con sus negras vestiduras y cubiertos de polvo blanco por completo, a Silvestrín le parecen espectros . Basilia le hace gestos de que esté tranquilo, pues con su sotana negra, podría ser un blanco perfecto para las ansias curicidas que les animan a los servidores del benemérito cuerpo en estos momentos.

En la escalera de la torre los guardias han conseguido salvar la barricada y las tablas astilladas se van acumulando al pie de la misma. El estruendo de las botas sobre las tablas del coro indican a Basilia que los guardias ya han alcanzado el primer piso y sus pasos perdiéndose hacia arriba le indican que ya van prestos tras el cura. Hace ella por fin un gesto a Silvestrín para que la siga.

– El cura tiene todavía los termómetros –razona Basilia a Silvestrín. Afortunadamente para él, ahora no puede observar cómo el cura resbala sobre los sucios escalones de la escalera y está a punto de dejarse los morros, y parte de los termómetros, en la escatológica subida, pues su corazón no lo soportaría. Felizmente para Silvestrín, allá arriba el cura se levanta con el codo izquierdo dolorido por el golpe y la sotana más sucia si cabe.

El característico sonido de las botas de los guardias ascendiendo raudos por las escaleras de piedra indica al padre Cinazo que debe buscar pronto una escapatoria. O, en su defecto, aprender a volar. La escalera sube y sube y el cura sabe que todo lo que sube tiene que bajar, incluso el Sputnik ese de los rusos. Una vez ha ganado la plataforma de la torre, ante sus ojos se extiende el espectáculo de la villa de Cigüeñuela a sus pies y la casa solariega de los Rábano, con la solana llena de flores. Dos pequeñas campanas de bronce cuelgan de sendos arcos. Cinazo se acerca para ver la distancia que le separa

del suelo salvador y sin reparar en el afilado y mellado borde de la campana, se la incrusta en plena testa.

Mientras los guardias van subiendo con fatiga –y sin prisas, pues saben que el cura no tiene escapatoria–, el cabo confunde la sombra de una paloma con el vuelo de un hábito negro y, sin pensárselo dos veces, dispara a bocajarro contra el bulto, comprobando con satisfacción que ahora la pistola ya no está encasquillada. Como si el disparo del cabo hubiese sido un pistoletazo de salida, los guardias empiezan a disparar sus fusiles como si hubieran enloquecido. El sonido atronador de los disparos se amplifica en la estrecha escalera y coincide en el tiempo con el golpe de la cabeza de Cinazo contra el borde de la campana y su desgarrador grito de dolor.

– ¡Creo que le hemos dado! –grita exultante el cabo Decafónico, que no ha reparado en que lo único que han logrado ha sido reventar a varias palomas, que se han volatilizado entre nubes de plumas ensangrentadas.

El terror por los nuevos disparos, con balas rebotando por todo el campanario, y el dolor que le produce la herida abierta en la cabeza, un corte limpio hasta el hueso en su morena calva, no es nada comparado con la horrorosa visión de las gotas de sangre que fluyendo desde su cabeza caen sobre las piedras del campanario. Dejando tras de sí un abundante reguero de sangre, el cura se acerca a la parte exterior de la torre y mira al suelo con la esperanza de que se produzca un milagro que lo acerque ileso hasta él. Los pasos de los guardias civiles sobre las últimas escaleras y sus juramentos sobre los excrementos frescos de paloma le indican que ya están llegando a la plataforma del campanario.

Pero afortunadamente para el padre Cinazo, el gitano ha aparcado su enorme coche justo debajo del campanario y su borrosa visión, entreverada de manchas rojas, le indica falsamente que el suelo está más próximo de lo que él cree. Sin pensarlo dos veces, agarra con fuerza su atado de termómetros, se encomienda a la ley de gravitación universal y se lanza al vacío. La sotana se le abre cual paracaídas y con el culo por delante, el cura aterriza a velocidad moderada sobre el techo del Mercedes con estruendo de chapa abollada, pero incólume, excepción hecha de un dolor profundo en el coxis. El estrépito metálico apenas es escuchado por los guardias, entregados a la tarea de quitarse las enloquecidas y cagonas palomas de la cara.

Cuando por fin alcanzan la plataforma del campanario, el rojo reguero de sangre pone al cabo exultante de alegría.

– ¡Le hemos herido! –grita orgulloso el cabo Decafónico a sus guardias–. ¡Mirad cómo ha corrido la sangre de ese cerdo! –añade con pasión.

Los guardias miran la sangre, pero también a su alrededor.

– Sí, mi comandante, sin duda está herido, ¿pero dónde está?

Cediendo ante la evidencia, el cabo se gira a su alrededor, pero comprueba que allí no hay nadie.

– Tú Ventura, sal al balconcillo de la torre, pues tiene que estar ahí. De aquí no se ha podido ir volando –concluye con lógica aplastante Decafónico.

Silvestrín, que viene subiendo vestido con su sotana es visto por uno de los guardias. El guardia da un grito advirtiendo de que el cura está subiendo y acto seguido se produce una salva cerrada de fusilería sin mediar palabra.

–¡Alto el fuego! –grita desesperado Decafónico, pues sus hombres han estado tan rápidos que ni siquiera ha tenido tiempo de disparar él mismo.

– ¿Pero cómo coño lo ha hecho? –se pregunta sorprendido el cabo.

Gracias a que al oír el grito del guardia Basilia ha tirado de su sotana hacia abajo, Silvestrín se ha salvado por poco de terminar como un colador. Mientras Decafónico medita sobre cómo ha podido el cura bajar la escalera mientras ellos la subían y baraja la posibilidad de ver en esto una señal divina, Basilia y Silvestrín descienden con rapidez. Los guardias, con la adrenalina mucho más baja después de haber efectuado los disparos, están pensativos y apesadumbrados. Esperan órdenes de Decafónico, pues no saben si subir o bajar. Pero cuando el guardia de primera Ventura señala la negra figura del cura, bien visible sobre la verde yerba, corriendo hacia su milquinientos, Decafónico cae de rodillas y no cesa de gritar: "¡Milagro, milagro!".